

La autoridad emana de los principios

(Carta del ex presidente Oscar Arias al ex presidente Luis Alberto Monge)

Como es habitual en usted, su carta del 17 de junio es de gran altura y desprendimiento. Su noble preocupación por los problemas del país y del Partido Liberación Nacional son parte de aquellas cosas en que hemos coincidido tantas veces.

Quiero compartir, ante todo, el dolor de la pérdida de don José Figueres. Con seguridad usted concordará conmigo en que la figura de don Pepe es superior a cualquiera de los cargos que él ocupó. Eso incluye, por supuesto, la Presidencia del Partido. El legado de Figueres pertenece a Costa Rica entera, como bien lo señala en su carta. Esa parte de nuestra historia, que traspasó fronteras para pertenecer a toda América, ha hecho de don Pepe nuestro Cid Campeador; más allá de la partida seguirá presidendo nuestras victorias.

José Figueres no querría estar —como lo sabemos usted y yo— en ninguna lucha de sucesión.

Como discípulo de don Pepe, habiendo recibido los más altos honores del Partido y estando dispuesto a entregar lo que se me pida, soy un ferviente partidario de que todo debe pedirse en democracia y entregarse en democracia. Compartí también con usted, desde muy joven, las luchas por la democratización de Liberación Nacional.

En la política nada une más que la democracia. Cada vez que las cúpulas se rodean de privilegios, cada vez que es coartada la participación o se intenta limitarla, se abren canales que facilitan la corrupción. No podemos dar la espalda a la voluntad de nuestro pueblo. Nunca un paso atrás en la democracia que hemos ganado ni jamás temerle a la libertad.

Somos un país pequeño y ello nos obliga, con mayor razón, a evitar los manejos entre cuatro paredes. La característica de nuestros adversarios políticos ha sido precisamente el conciliábulo, el menosprecio de los procesos democráticos internos en su partido. Por eso han aportado tan poco al engrandecimiento de nuestra democracia. Siempre he sostenido que la responsabilidad del Partido Liberación Nacional es abrumadora, porque sobre nosotros descansa la lucha por respetar y crear en la voluntad de las mayorías. Por eso he argumentado muchas veces que es imprescindible, para el bien de Costa Rica, que nuestros opositores constituyan un partido político sano y responsable. Hasta ahora no hemos tenido esa fortuna y ya ve usted que, a poco de andar de este nuevo gobierno, ya se ciernen otra vez sobre el país serias amenazas.

Revelan cada día su incapacidad para gobernar y, antes de cumplirse cien días de gobierno, nos encaminan al desastre. Nos hablan de sacrificios pero fomentan el consumo suntuario. Otra vez tenemos el éxtasis electrodoméstico de Carazo, otra vez las falsas promesas mesiánicas, otra vez el manejo irresponsable de la economía nacional. De nuevo lo que dice un funcionario lo contradice otro. De nuevo se presentan tres reformas tributarias diferentes. De nuevo aparecen las ocurrencias del pasado con los cambios improvisados en nuestro sistema educativo. Han vuelto los sargentos y las armas a los que habíamos dicho adiós. Más grave aún, en nombre del orden público ha muerto un niño y en nombre de la verdad han dado rienda suelta a la mentira. Engañaron con la más triste demagogia al campesino humilde y

también al trabajador y les quitarán, con una inflación que superará el 30 por ciento este año, el doble de lo que les entregaron para tratar de honrar promesas oportunistas. Ha vuelto la política a ser sinónimo de engaño. La ideología transformada en demagogia ha hecho válida la sentencia de Voltaire: "Quienes pueden hacer creer absurdidades, pueden hacer cometer atrocidades".

Como nada une a quienes hoy gobiernan Costa Rica, se juntan como ayer en un antiliberacionismo enfermizo. Persiguen y humillan al funcionario honesto y falsean hechos con irrespeto a los valores más sagrados de los costarricenses. En el manejo de los asuntos públicos, y especialmente de la economía, hablan con tal imprudencia que parecieran estar ávidos de producir una catástrofe en tiempo récord para poder culpar al Gobierno anterior.

Estamos muy cerca de actitudes que pueden ser calificadas de deslealtad con la patria y traición a la historia de un pueblo de paz. Nadie mejor que usted conoce de lo que estoy hablando, porque le correspondió hacerse cargo de la conducción de Costa Rica precisamente después de la debacle que la historia recordará como uno de los momentos más difíciles de nuestra vida republicana. Usted, don Luis Alberto, sabe lo que es tener que construir sobre cenizas. Por eso, al recibir de manos suyas el mando presidencial, señalé que la historia no podría juzgar su gobierno porque usted formaba parte de la historia. Entonces, un apretado y emocionado aplauso recorrió Costa Rica entera por encima de diferencias políticas. Hago este recuerdo porque de nuevo nos encontramos frente a una hora dramática que obliga a pensar en ese Partido Liberación Nacional responsable, fuerte, renovado y generoso, que concocen y quieren los costarricenses.

Es nuestro deber patriótico evitar que se repitan tragedias que nadie desea recordar. Para lograrlo no debemos alejarnos nunca, ni por un instante, de nuestras prácticas democráticas. Los ex presidentes tenemos un lugar en el Directorio Político y es esa una posición con la que generosamente nos honra Liberación Nacional. No creo que sea conveniente que tengamos más privilegios y más honores, ni quiero pedírselos a quienes ya me han dado tanto.

Creo que hay compañeros y compañeras poseedores de grandes méritos para ocupar la Presidencia del Partido. No quisiera que el día de mañana, cuando realicemos esa elección, ese cargo no tenga la relevancia que debe tener por estar subordinado a una cúpula de ex presidentes.

Quiero decirle, don Luis Alberto, que no aspiro a la Presidencia del Partido Liberación Nacional y que hay muchas personas a quienes me sentiría muy honrado de apoyar con mi voto para ese cargo. Pero si aspiro, como espero que todo liberacionista lo haga, a remozar y robustecer los ideales de Figueres para transmitir a las nuevas generaciones del Partido fuerte, útil y limpio con el que él siempre soñó. ¡Cómo quisiera que todos nuestros compañeros aspiraran a sucederle, no en los cargos que él siempre despreció, sino en el apego a aquellos ideales que amó! La verdadera autoridad emana del conocimiento y de la nobleza con que se honran los principios. Es esa autoridad, don Luis Alberto, la única que nos hará grandes en esta hora. Debemos exigírmola con mayor fuerza quienes recibimos todos los honores, pero también debemos exigirselos a todos los liberacionistas, simplemente porque Costa Rica está primero.

Un fraternal abrazo.